

EL APOSTOLADO DE LA PALABRA Y LA PRENSA UN APUNTE BIOGRÁFICO DE SAN FRANCISCO DE SALES

POR

NEMESIO RODRÍGUEZ LOIS

Empezaremos diciendo que todos nuestros esfuerzos por analizar la polifacética personalidad de San Francisco de Sales serán inútiles si antes no presentamos un pequeño bosquejo biográfico.

Sin ánimo de ser exhaustivos, presentaremos los acontecimientos más importantes de su vida con el objeto de mejor situarnos en el ambiente que le rodeó, comprender a nuestro personaje y, por ende, convencer a nuestros lectores de cómo su vida —a casi cuatro siglos de su muerte— sigue siendo un ejemplo para los hombres de inicios del siglo XXI.

La vida de San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia y Patrono de los periodistas y escritores católicos, se inicia con un sueño que su madre, Francisca de Boisy, tuvo antes de que el niño naciera: veía un pastor que apacentando su rebaño en las verdes campiñas de Saboya no sólo guiaba a sus ovejas sino que iba en pos de las que se habían extraviado, las traía a lugares seguros y, de modo muy especial, cuidaba a las que corrían peligro de perderse.

Un sueño que era toda una premonición ya que aquel niño que habría de nacer el 21 de agosto de 1567 en el castillo de Sales estaba destinado a ser no un pastor de ovejas que apacentase rebaños en las campiñas de Saboya sino más bien un celoso pastor de almas que no sólo velase por el bien espiritual de sus feligreses sino que trajese de regreso a quienes se habían alejado de la fe católica.

Saboya, provincia situada al sur de Francia y al norte de Italia, en plena región donde las altas montañas y los azules lagos le dan al paisaje una belleza cuya contemplación produce un placer espiritual inmediato.

Francisco de Sales, el hijo mayor de trece hermanos, pertenecía a una familia de alcurnia que a su vez era profundamente católica, de la cual dio prueba disponiendo que la criatura fuese bautizada al día siguiente de su nacimiento.

Por herencia, Francisco de Sales provenía de una familia noble en la cual las finas maneras eran el modo normal de comportarse. Ni duda cabe que esto le será de gran ayuda cuando, siendo adulto, tenga que echar mano de una fina habilidad diplomática que de ningún modo significa concesiones vergonzosas.

El ambiente que le rodeó en sus primeros años fue de una belleza indescriptible –lagos azules y nevadas montañas– que cautiva tanto a los pintores como a los poetas y que hace las delicias de quienes, contemplando esas maravillas naturales, descubran cómo detrás se encuentra la bondadosa presencia de Dios.

Años más tarde –y dentro del medio ambiente que habría de forjar su personalidad– Francisco convive con gente culta tanto en París como en Padua. Ni duda cabe que al tratar con todo tipo de personas esto le hace conocer distintas personalidades y doctrinas.

Y dicho conocimiento en mucho contribuyó para que nuestro personaje supiera entender las tesis que defendían sus opositores, comprenderlos, ser indulgentes y –fruto de esa comprensión e indulgencia– saber tratarlos con esa fina amabilidad que no es más que el preludeo de la gran virtud de la caridad.

Ahora bien, en lo que respecta a la voluntad como elemento integrador de la personalidad, empezaremos diciendo que San Francisco de Sales era de temperamento sanguíneo, el cual, según el psicólogo Conrado Hock se define del modo siguiente:

“El alma del sanguíneo se excita rápido y vehementemente por cualquier impresión y la reacción sigue al instante: pero la impresión queda muy poco en el alma” (1).

Según esto, el noble saboyano que en París tuvo la oportunidad de tratar con gente de las más diversas clases y condiciones era de un temperamento que saltaba a la menor provocación lo cual, en caso de no controlarse, podía traer consecuencias.

Quien no le conociera a fondo podría pensar que el joven estudiante era persona difícil y de “armas tomar”.

(1) *Los temperamentos*. (Traducción de Teodora Maas, C.ss.R) Librería Parroquial de Clavería. 1ª. Edición. México, 1991. Página 53.

Más sin embargo quienes conocen acerca de temperamentos nos dicen que el sanguíneo tiene como cualidades ser comunicativo y simpático; afable y alegre; atento y obsequioso; sensible y compasivo...

Y lo que más nos importa en nuestro personaje: quien posee un temperamento sanguíneo olvida pronto las ofensas sin guardar rencor, tiene facilidad para reprender sin lastimar y, en un momento dado, sabe ser dócil con los superiores.

No obstante, Francisco de Sales logró ir dominando su temperamento hasta dar la impresión de ser más bien del tipo flemático que con nada se inmuta y que tiene siempre una sonrisa en los labios.

¿Cuál había sido el secreto? Oración, sacrificios, comunión diaria y un afán por irse perfeccionando día a día y minuto a minuto.

“En el sanguíneo San Francisco de Sales”, nos sigue diciendo Conrado Hock, “se habían extinguido por completo los arrebatos y explosiones de ira; lo cual no lo obtuvo ciertamente sino después de 22 años de combate consigo mismo” (2).

Una lucha constante consigo mismo que dejó huellas en su organismo ya que, según datos revelados por la autopsia, su hiel apareció endurecida, seca y dividida en trescientas piedrecillas. Un fenómeno extraño que los médicos explicaron diciendo que se debió a la violencia que el santo había tenido que hacerse a lo largo de toda su vida.

Durante su juventud, concretamente cuando estudiaba en París, sufre una dura prueba: la tentación de la desesperanza.

Desorientado por las enseñanzas de algunos profesores de tendencias calvinistas que afirmaban que, hagamos lo que hagamos, nuestro destino eterno ya está predestinado, Francisco de Sales sufre una depresión física.

Al llegar a este punto, prudente será citar lo que al respecto nos dice el Padre Jorge Loring, S.J.: “A veces se oye preguntar... Si Dios es bueno, ¿por qué me crea sabiendo que me voy a condenar? Me hubiera hecho un favor no creándome. Te equivocas. No creándote no te hace ningún favor. Si no existes, no puede hacerte favores. En cambio, al crearte te da el billete de entrada para el cielo, lo cual es un bien inmenso.

(2) *Idem*. Página 23.

“Si tú rompes esa entrada no es culpa de Dios, sino exclusivamente tuya. El ya hizo bastante comprándote esa entrada a costa de su vida. ¿Vas a dudar de su Bondad? Si Dios no creara a los que se van a condenar, haría un perjuicio a los posibles descendientes de esos hombres, que podrían ser excelentes, salvarse y ser eternamente felices.

“Todos podemos tener en nuestros ascendientes alguno que se haya condenado. Si para que él no se condene, Dios no lo crea, tampoco habiéramos existido nosotros, y nos veríamos privados de la felicidad eterna que esperamos conseguir. . .

“Además, si Dios creara sólo a los que se iban a salvar, entonces los hombres, seguros de sus salvación a última hora, se despreocuparían de hacer buenas obras. El riesgo de la condenación estimula a practicar el bien. Con esto se aumenta el premio eterno” (3).

Será en la oración donde nuestro personaje encuentre la respuesta al grave dilema y es entonces cuando al Señor le ofrece una compensación anticipada a su desdicha eterna:

“Dios mío: Si por un decreto de vuestra Providencia que no puedo comprender, debo ser separado de Vos, al menos no permitáis que alguna vez os maldiga y blasfeme contra vos. Y si no puedo amaros en la otra vida, puesto que nadie os alaba en el infierno, que al menos aproveche yo, para amaros, todos los momentos de mi corta existencia aquí abajo”.

Una vez señalados los elementos que ayudaron a formar el carácter de quien sería conocido como “El Santo de la amabilidad”, procedamos a tratar brevemente acerca de su biografía.

Como antes dijimos, cursa estudios en París y allí recibe una cultura humanística que mucho habrá de servirle en sus diálogos tanto con los protestantes como con personajes poderosos de su época. En 1591, a los 24 años de edad obtiene su doctorado en Derecho. Todo parecía indicar que un destino glorioso le esperaba en el campo de las Leyes e incluso ese era el deseo de su padre.

Más sin embargo otros eran los planes de Dios y fiel a su vocación Francisco de Sales es ordenado sacerdote el 18 de diciembre de 1593.

El nuevo sacerdote es enviado a Ginebra, zona dominada por los calvinistas.

(3) *Para salvarte*. EDIBESA. 54 Edición. Madrid, 2001. Páginas 795 y 796.

Antes de seguir adelante, preciso será recordar que nuestro personaje vivió aquellos difíciles tiempos en que el protestantismo le arrebatara media Europa a la Iglesia Católica.

Al llegar a este punto, resulta oportuno citar lo que al respecto nos dicen dos ilustres historiadores mexicanos:

“El Protestantismo es la mayor catástrofe que ha sufrido la Iglesia”, nos dice el Padre Daniel Olmedo, S.J., “en tanto que las herejías precedentes apenas arrancaron de su seno puñados de lamentables descarriados y que el triste Cisma de Oriente desgarró su unidad sin pervertir su Fe ni contraponer otro Cristianismo diverso; el Protestantismo, que es Cisma y Herejía, arrancó del gremio de la Madre Iglesia a muchas naciones hijas suyas, inquietó y dividió a no pocas, y logró establecer en el sector más civilizado y más influyente del mundo (Occidente de Europa y más tarde América), otro Cristianismo opuesto y hostil al que por siglos había predicado y defendido la Iglesia” (4).

Por su parte, Carlos Alvear Acevedo afirma que “la consecuencia más honda de la Reforma en el mundo —ya que, si bien se originó en Europa, se ha proyectado a todas partes— ha sido el despedazamiento de la unión de los cristianos, no sólo porque supuso un enfrentamiento rebelde entre la Iglesia Católica, sino porque los grupos reformistas se subdividieron en acerbos contradicciones entre sí, hicieron imposible en sus dominios una afirmación religiosa unitaria, ya la larga produjeron un desconcierto propicio a multitud de desviaciones espirituales, sociales y políticas” (5).

Época difícil en la cual se requiere un temple especial no sólo para defender la fe sino para practicar las virtudes que nos exige la moral católica.

Época difícil en la cual un buen católico podía recibir el martirio y en la que ascender al Episcopado, más que un título de nobleza, era una gravísima responsabilidad ya que ser obispo en tierra de herejes era mucho más difícil que ser misionero en tierra de infieles.

Y es que, se nos estaba olvidando decirlo: debido a su gran celo, piedad y vasta cultura religiosa, Francisco de Sales es consagrado

(4) *La Iglesia Católica en la Edad Moderna*. Obra Nacional de la Buena Prensa. 2ª. Edición. México, 1963. Página 85.

(5) *Manual de Historia de la Cultura*. Editorial Jus. 2ª. Edición. México, 1969. Página 362.

obispo el 8 de diciembre de 1602, fiesta de la Inmaculada Concepción.

Un obispo en una zona dominada por los protestantes. Un cordero en medio de los lobos.

A base de amor, comprensión y utilizando su gran cultura como vehículo transmisor de la fe, logró frutos copiosos en muy poco tiempo.

Y así le vemos dialogando en Ginebra con el calvinista Theodore de Beza, escribiendo libros, difundiendo sus sermones en hojas impresas que deslizaba cada noche por debajo de las puertas e incluso fundando la Orden de las Hermanas de la Visitación.

Un personaje excepcional y fuera de serie, algo así como un faro que lanza sus rayos en distintas direcciones.

Decimos esto porque San Francisco de Sales, aparte de ser un creador que cautiva al auditorio con su encendido verbo y que sabe manejar la pluma con singular galanura fue también un obispo misionero que supo dar testimonio de su vocación apostólica en una época en la cual muchos prelados se comportaban como nobles aburguesados.

San Francisco de Sales muere el 28 de diciembre de 1622. Sus restos se conservan en la Basílica de Annecy (Francia) y a casi cuatro siglos de su muerte se le considera como un santo de tiempo completo que supo cultivar los campos más diversos buscando siempre “la mayor gloria de Dios”.

El papa Alejandro VII lo beatifica en 1661 y lo canoniza en 1665.

En 1887 es Pío IX quien lo proclama Doctor de la Iglesia.

“El magisterio infalible de la Iglesia es quien ha hecho la elección”, nos dice Fray Rafael Sineux, O.P., “Y el sabe lo que hace: si proclama a «un Doctor» es porque descubre en sus obras una enseñanza digna de conservarse y de proponerse a la Iglesia Universal. En este punto, como en todos los demás, al simple discípulo no le toca más que inclinarse sin discutir” (6).

La historia es el desarrollo del plan providencial de Dios interpretado por la libre voluntad del hombre.

Y en el momento en que el hombre, haciendo uso de su liber-

(6) *Los Doctores de la Iglesia*. (Traducción: Salvador Abascal). Editorial Tradición. 1ª. Edición. México, 1980. Página 8.

tad, interpreta o mal interpreta el plan divino, se producen una serie de acontecimientos que serán los que generen los grandes cambios de la humanidad.

Como antes dijimos, la vida de San Francisco de Sales se desarrolla en medio del gran cisma protestante que le arrebató al catolicismo infinidad de pueblos.

Tiempos duros y difíciles como pocos ya que, aparte de la gran mutilación sufrida por la Iglesia, el Turco amenazaba con invadir Europa.

“Allios ventos vidi, alliasque procellas” (“He visto otros vientos y otras tempestades”) dice la vieja frase latina que nos recuerda como en peores trances se ha visto la Iglesia y como, al final, cuando todo parece humanamente perdido, la Providencia de Dios acude en su auxilio.

Cuando Lutero, Calvino y Enrique VIII parecían competir entre sí para ver quien de ellos le causaba mayores estragos al catolicismo, cuando eran millones los que apostataban y millones los que se desesperaban, en esos momentos surge un hombre providencial: San Ignacio de Loyola.

No deseamos abundar en la vida y obra de este gran santo ya que eso nos distraería de nuestro proyecto inicial.

Más bien recordaremos que era un soldado español que, tras un edificante proceso de conversión, tomó conciencia del angustioso momento histórico y se decidió salir en defensa de la Iglesia.

Ignacio se propuso fundar una orden religiosa que fuese diferente a las que existían en aquel entonces puesto que las que habían sido fundadas con anterioridad al siglo XVI estaban dedicadas a misiones muy concretas.

Así –valgan los ejemplos– los franciscanos se santificaban viviendo una vida de pobreza; los dominicos estudiando y predicando; los benedictinos, cartujos y carmelitas entonando alabanzas al Señor dentro de sus monasterios; los mercedarios rescataban cautivos; había quienes cuidaban enfermos o hacían obras de caridad, etc., etc., etc.

Tomando cabal conciencia del difícil momento histórico, Ignacio de Loyola comprende cómo en aquellos momentos se hacía necesario fundar una orden religiosa que atacase directamente las raíces del problema.

Ignacio comprende que todo tiene su origen en la eterna lucha entre el Bien y el Mal o sea entre los ejércitos de Cristo y las huestes de Satán.

“La visión que Iñigo tenía del mundo que lo rodeaba era clara y definitiva: existía universalmente una guerra en progreso constante. No había que confundirla con las guerras locales...”

“La guerra que Iñigo veía era la guerra de Lucifer, jefe de los ángeles caídos, que recorrían el mundo buscando la manera de destruir—fuera mediante el homicidio de la guerra, la destrucción de la cultura religiosa o la degradación de la pobreza, la injusticia y el sufrimiento— la imagen de Dios y la gracia de Cristo en las almas de todos los hombres. Puesto que la guerra de Lucifer contra Cristo y su gracia y salvación eran universales, así la guerra contra Lucifer y sus seguidores tendría que ser también universal.

“Consecuencia inmediata de este principio fue que el suyo no podía ser el apostolado de un solo hombreTendría que actuar corporativamente, necesitaría un grupo de hombres que pensarán como él y que trabajaran por las mismas metas en el mundo entero...”

“Y la sola arma garantizada por Cristo como eficaz en esa guerra era la gracia sobrenatural que Cristo sólo podía dar y que concedía exclusivamente a través de su representante personal en la tierra: el Papa, en Roma. Por tanto Iñigo desarrolló un segundo principio fundamental: trabajar directamente por el Papa en Roma y bajo su dirección. Mientras más precioso y estrecho sea nuestro lazo con el Papa, se dijo, más estrecho será nuestro lazo con el Caudillo, Cristo, y más eficaces nuestros actos en esta guerra universal perpetua” (7).

Ha nacido una nueva orden religiosa que, a diferencia de todas las existentes hasta el momento, habrá de tener un estilo muy especial.

Un estilo militar como era su fundador en el cual se verá el paso por este mundo como un continuo combate entre los ejércitos de Cristo y las tropas de Satán.

Estilo de lucha y de un profundo misticismo es el que poseen los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

(7) Malachi Martín. *Los Jesuitas*. (Traductora: Margarita Álvarez Franco) Lasser Press Mexicana, S.A, 1ª, Edición. México, 1988. Páginas 154 y 155.

Un estilo muy propio que el Padre Jerónimo de Nadal, S.J. definió como “contemplativo en la acción” ya que los Jesuitas no se conformaron con estar rezando ante el Santísimo o cantando en el Coro.

Los Jesuitas consideran que la acción es oración y por este motivo salen al mundo a dar la batalla.

Por otra parte y con la finalidad de que sus sacerdotes no fuesen a perder el carisma propio de la vida religiosa, San Ignacio de Loyola escribe los famosos “Ejercicios Espirituales” con los que no solamente los Jesuitas sino cualquier persona queda espiritualmente reforzada para emprender cualquier labor de tipo material por muy difícil que esta sea.

Los Jesuitas –toda una milicia bajo las órdenes del Papa– son religiosos con un agudo sentido práctico que preparan a sus hombres en las diversas disciplinas del saber procurando ser los mejores en cada una de ellas.

Y una vez que destacan en campos tan diversos como pudieran serlo la Medicina, la Astronomía, la Literatura, el Derecho, la Teología, el Periodismo, la Arqueología, la Enseñanza, etc., salen a dar la batalla defendiendo los derechos de Dios y de la Iglesia, fieles siempre a su lema que no es otro más que luchar “*por la mayor gloria de Dios*”.

Es tal la superioridad de los Jesuitas y tan sabia la organización que los rige que esto hace que cada uno de ellos acabe siendo un soldado en su puesto de combate.

Una orden religiosa que desde lo Alto fue bendecida desde el instante mismo de su fundación (27 de septiembre de 1540) ya que a los pocos años de haber obtenido la aprobación pontificia por parte de Paulo III no sólo se extendían por toda Europa sino que enviaban ya misioneros a los puntos más lejanos del orbe.

Una orden diferente a todas las que hasta el momento existían y que, como antes dijimos, surgen en un momento providencial o sea justo cuando la Iglesia Católica la estaba necesitando. Señal indudable de que el Divino Maestro cumple siempre la promesa de que asistirá a Pedro y a los sucesores hasta el final de los tiempos.

Es muy probable que al llegar a este punto se pregunten nuestros amigos lectores: ¿y qué tiene que ver todo esto con San Francisco de Sales?

Mucho, ya que San Francisco de Sales le debe gran parte de su formación al Padre Antonio Possevino, S.J., miembro ilustre de la Compañía de Jesús, quien ayudó a nuestro personaje a ser hábil en la controversia, en la Teología Moral, en el arte de predicar y –muy importante– en saber utilizar los medios adecuados para lograr siempre la mayor gloria de Dios.

Ni duda cabe que el Padre Possevino fue el profesor predilecto de San Francisco de Sales.

De este modo, aunque San Francisco de Sales no pertenecía a la Compañía de Jesús, de hecho, tanto por su formación como por su piedad y modo práctico de resolver los problemas, era todo un Jesuita.

Considerando que el campo de apostolado de los Jesuitas es múltiple –ya sea en hospitales, tierras de misión, cátedras universitarias, labores diplomáticas, investigación científica, etc.– ni duda cabe que dicho espíritu apostólico se reflejó en el modo de ser de San Francisco de Sales quien –como antes hemos dicho– es un santo que supo abarcar diferentes facetas.

“Realizó plenamente el ideal plasmado por otra gran personalidad, el santo del *Ad maiorem Dei gloriam*. San Ignacio quería ver a sus hijos no sólo como soldados, combatiendo si era preciso por la gloria de Dios, sino también como los pacíficos heraldos de esa misma gloria por su trato humano, ya en Colegios y Universidades, ya trabajando por llevar a cristo las diferentes clases sociales. Los quería caballeros entre los caballeros, eruditos entre los sabios...

“San Francisco de Sales, discípulo de los jesuitas y que siempre tuvo como director a alguno de la Compañía, actuó de acuerdo con ese altísimo programa. Siempre humano en medio de las dificultades de su propia vida o de las vidas ajenas; caballero cabal en sus relaciones públicas o privadas, fue alabado como el modelo de la perfecta “cortesía”, que es respecto de los hombres lo que el culto es respecto de Dios, una señal exterior de nuestros sentimientos. Podríamos decir que es el culto del prójimo” (8).

A la vista de todo lo anterior, no nos cabe la menor duda de que si San Francisco de Sales hubiera sido Jesuita, la Compañía de Jesús lo presentaría como uno de sus miembros más destacados, quizás a

(8) María Teresa Guevara. *El Humanismo de San Francisco de Sales*. Editorial Bajo el signo del ábside. 1ª. Edición. México, 1955. Página 239.

la altura de aquellos también grandes Franciscos que fueron San Francisco de Borja y San Francisco Javier.

Como más adelante veremos, un suceso milagroso y providencial que tuvo lugar medio siglo después de la muerte de nuestro santo habría de unirlo aún más a la benemérita orden fundada por San Ignacio.

Resumiendo un poco todo lo anterior: tenemos una Europa convulsa y una Iglesia asediada por sus enemigos; a continuación vemos la ayuda providencial de Dios por medio de San Ignacio de Loyola fundando la Compañía de Jesús; y dentro de este orden providencial vemos a un Jesuita formando a quien habría de ser uno de los grandes adalides en la lucha contra los herejes protestantes.

Y tenemos ya al personaje a punto de entrar en acción: un varón que, a base de sacrificios y diarias comuniones, ha logrado controlar su temperamento sanguíneo hasta convertirse en el prototipo de la amabilidad.

Un noble de agradable presencia que se ha codeado con la crema y nata de la nobleza europea, que se formó en las prestigiosas universidades de París y de Padua y que supo darle un sentido práctico a sus inclinaciones espirituales gracias a los consejos que le dio un miembro ilustre de la orden religiosa que en aquellos momentos estaba dando las más importantes batallas en defensa de la Iglesia.

Con todo ese bagaje cultural y espiritual así como con la firme resolución de lograr siempre la mayor gloria de Dios, San Francisco de Sales se decidió a cumplir la vocación que le había sido encomendada.

“Una figura apasionante: un sabio y un santo Doctor en ambos derechos, sacerdote, misionero y apóstol, obispo, diplomático, pastor y director de almas, fundador y reformador de órdenes religiosas, místico, escritor..., su rica personalidad logra establecer un perfecto equilibrio entre sabiduría humana y santidad” (9).

“En Francisco de Sales la devoción (la piedad) se tiñe de clasicismo, de amor a la cultura, sin desarraigarse por eso de las bases populares. Esta tendencia espiritual nace en el momento propicio de la mentalidad barroca, del espíritu de la Contrarreforma, llena

(9) Hermanas del Primer Monasterio de Madrid. *San Francisco de Sales. Semblanza Biográfica*. EDIBESA. 1ª. Edición. Madrid, 2003.

de optimismo, de alegría, de gozo, de confianza en la naturaleza humana y en el futuro de la religión católica... Era la respuesta, más práctica que teórica, al pesimismo inducido por la Reforma protestante" (10).

Una personalidad riquísima que, siempre con miras a lograr la mayor gloria de Dios, hizo de nuestro santo patrono un santo polifacético.

Como hombre perteneciente al mundo de la Cultura diremos que fue uno de los mejores maestros de la prosa clásica francesa ya que poseía un estilo claro y sencillo.

Según el escritor Albert Petit, San Francisco de Sales es el autor que ha prestado mayores servicios al idioma, tanto así que su *Introducción a la vida devota* debería llamarse *Introducción a la lengua clásica francesa*.

Es decir que, producto tanto de la educación esmerada característica de quien provenía de una familia noble como de la formación recibida en París y en Padua, San Francisco de Sales poseía la facilidad de manejar tanto la palabra como la pluma con la destreza propia de los mejores artistas de la Literatura.

Era un orador vehemente que hacía que sus homilías llegasen a los corazones. Es un escritor de cultura tan accesible que todos pueden comprenderlo.

San Francisco de Sales comprendía mejor que nadie como los talentos que había recibido (vibrante elocuencia, agradable estilo literario y fino trato humano) no eran para ensoberberse sino más bien para utilizarlos como herramientas apostólicas.

De este modo, a casi cuatro siglos de su muerte, San Francisco de Sales le da un claro mensaje a los intelectuales del siglo XXI: los talentos artísticos que han recibido no deben ser para alimentar la soberbia sino más bien para hacer reflexionar a quien los ha recibido y —fruto de esa reflexión— comprender que son dones que Dios les ha prestado con miras a lograr ideales nobles y justos.

Y también, fruto de esa reflexión, la conclusión lógica será que el intelectual que ha recibido tales dones deberá tener conciencia de la grave responsabilidad que supone no sólo utilizarlos a favor del mal sino incluso desaprovecharlos envaneciéndose tontamente.

(10) Daniel de P. Maroto. *El camino cristiano a través de la Historia*. CEVHAC. 1ª. Edición. México, 1990. Página 22.

Cuando lleguemos al final de nuestras vidas, el Buen Dios, que ante todo es justiciero, habrá de pedirnos cuentas de cuanto se nos dio y pobre de aquel que haya desaprovechado dichos dones o, peor aún, que los haya utilizado con fines perversos.

Nuestro santo patrono entendió esto desde el primer instante y, consciente de la gravísima responsabilidad que tenía, puso la palabra y la escritura al servicio del Evangelio.

“Francisco de Sales no escribe por el placer de escribir. Es el celo por el bien de las almas el que le mueve a transmitir a través de la pluma cuanto sabe y vive, deseando llegar al mayor número posible de personas” (11).

Por todo ello, por tratarse de un humanista católico en una época en la cual el humanismo de corte pagano desorientaba a miles de personas, San Francisco de Sales constituye un ejemplo a seguir.

Vale la pena citar lo que Fray Antonio Royo Marín, O.P. le dice a los escritores católicos:

“A) Tenéis en vuestras manos una fuerza infinita.

- 1) Sed actuales, limpios, luchadores.
- 2) Tened presente que os multiplicáis por miles.
- 3) Que vuestra palabra sonará hoy, mañana, siempre...

B) Vosotros –creadores de mundos– cread un mundo mejor:

- 1) Donde no haya odios
- 2) Donde se amen los hijos de los hombres.
- 3) Donde las doctrinas de vuestros libros sean sanas.
- 4) Donde los personajes de vuestras farsas sean nobles.
- 5) Donde las palabras de vuestra pluma sean cristianas” (12).

Ahora bien, en el caso concreto de San Francisco de Sales no se trata de un dramaturgo o novelista sino más bien de un teólogo que presentará su doctrina de forma dispersa.

“... la Teología de San Francisco de Sales no se presentará a la

(11) *Idem*. Página 37.

(12) *Teología Moral para seglares*. Biblioteca de Autores Cristianos. 6ª. Edición. Madrid, 1986. Tomo I. Páginas 933 y 934.

manera de un estudio ordenado y sistemático que conviene a un manual o a una Suma, sino que más bien esparcida a lo largo de tratados inspirados por las circunstancias de tiempos y de personas, o por las necesidades inmediatas de las almas” (13).

Aparte de las conocidas *Introducción a la vida devota* (publicada en 1609) y *Tratado del Amor de Dios* la doctrina de este santo humanista se encuentra contenida en infinidad de cartas en las que se daba prudentes orientaciones a quienes a él acudían pidiendo un consejo.

“Más de mil cartas, al mismo tiempo que revelan el corazón del hombre y el alma del santo, le proporcionan al teólogo otras tantas ocasiones de precisar su doctrina, aplicándola a casos particulares, y manifiesta la extensión de la cultura y de la influencia del gran Doctor. Porque si la mayor parte de esas cartas son cartas de dirección, están dirigidas a personas de condiciones muy diversas, desde las humildes religiosas de la Visitación hasta príncipes y obispos. Sus consejos son propios para todas las situaciones y para todas las necesidades; trata todas las materias con la misma seriedad y a todas las almas con la misma solicitud” (14).

Los fieles católicos guardaremos siempre eterna gratitud al grupo de monjitas salesas que, entre 1893 y 1935, realizaron un arduo trabajo en el monasterio de la Visitación de Annecy.

Durante casi cuarenta años, un pequeño grupo de religiosas se dedicó a descifrar, copiar y comprobar la autenticidad de las cartas que San Francisco de Sales enviaba a diferentes partes.

En la época en que nuestro personaje escribía sus cartas lo más común era que el autor no conservase una copia de lo que enviaba. Esa es la explicación por la cual el trabajo realizado por estas religiosas fue de lo más arduo que podemos imaginarnos ya que se trató de una labor de búsqueda de manuscritos diseminados no sólo por toda Francia sino incluso por varios países del extranjero.

Y una vez que alguna carta –amarillenta y semidestruida por el paso de los siglos– caía en sus manos venía después la difícil labor de comprobar su autenticidad.

Una labor propia de quien tiene la paciencia de un benedictino. Quizás esa haya sido la explicación de que fuese precisamente

(13) Fray Rafael Sineux, O.P. *Op.Cit.* Página 469.

(14) *Idem.* Página 478.

un monje benedictino, Dom Mackey quien dirigiera a las monjitas con paciencia y tesón.

Arduo trabajo que se vio coronado por el éxito en el momento en que se realizó la edición definitiva de las obras.

Como hemos venido diciendo, a San Francisco de Sales le toca vivir una época difícil no sólo por el cisma protestante sino por la serie de cambios, inventos y descubrimientos que se dan en unas cuantas décadas.

Uno de esos inventos fue la imprenta, la cual revolucionará la mentalidad de la gente de la época. Citamos a Carl Grimberg:

“Como era de esperar, los libros impresos llegaron a ser aún más baratos que los manuscritos, y gradualmente su precio bajó a tal punto que pudieron imprimirse ediciones populares. Las ideas no quedaron ya sepultadas en bibliotecas integradas por manuscritos raros y costosos, sino que circularon por miles de ejemplares. Los cristianos no se limitaron a conocer la Biblia mediante los sermones de su párroco o contemplando las vidrieras de su iglesia, sino que podían leerla en su texto íntegro y quienes sentían la vocación de cambiar la faz espiritual del mundo sabían que instrumento debían utilizar para propagar sus doctrinas” (15).

A partir de que aparece la imprenta, será muy difícil la censura eclesiástica que anteriormente, gracias a los monjes copistas, se ejercía en los monasterios para evitar distorsiones de la doctrina.

Gracias a la imprenta, será posible que gentes perversas se aprovechen del novedoso invento para difundir lo que les venga en gana y, de ese modo, corromper mentes y costumbres.

Claro está que la imprenta en sí es un instrumento neutro cuyos frutos dependerán de la intención que tenga quien la utilice.

Así se explica que no se pueda condenar a la imprenta ni tampoco hoy en día se puede condenar la prensa escrita, la radio, el cine, la televisión, el internet, los teléfonos móviles o, en general, cualquier otro medio de comunicación.

Todos ellos, desde los más sencillos hasta los más sofisticados, son simples aparatos neutros que darán resultados buenos o malos según las finalidades que se propongan quienes los utilicen.

(15) *Historia Universal*. Ediciones Daimon. 1ª. Edición. Barcelona, 1967. Tomo VI. Página 327.

Esto, como a continuación veremos, lo entendió muy bien San Francisco de Sales.

Ocurría que nuestro buen obispo predicaba y predicaba solo que, por hallarse en plena zona protestante, mucha gente –por temor a represalias o por simples respetos humanos– rehusaba acudir a la catedral para escuchar sus sermones.

¿Qué podría hacer para lograr que infinidad de ovejas descarriadas pudieran aprovechar los frutos de su elocuente doctrina?

Es aquí donde el infatigable obispo repara en el invento de Gutemberg y como humanista de mentalidad moderna comprende que se trata de un medio neutro que, si bien muchos han utilizado para difundir el error, también puede ser utilizado para difundir la verdad.

“No se le quiere oír; pues bien, se le habrá de leer. Y, helo ahí escribiendo hojas, especie de “tracts” como se les llamó después, que son grabadas y distribuidas en la ciudad y en las casas. Era la controversia a domicilio. Colaborando la curiosidad, los reformados podían leer a hurtadillas, sin temor a la cólera de sus ministros. Además, el escrito pasa de mano en mano, es examinado detenidamente, y no puede ser tan fácilmente desnaturalizado, como la palabra huidiza y mal comunicada.

“Durante dos años, Francisco hablará bajo esta forma alada, predicador invisible y presente. Crea así el género de la controversia directa. Va directamente al grano, sin frases, sin adornos, como un hombre apresurado, sí, pero que toca suavemente y con justeza el punto en que advierte la resistencia del espíritu” (16).

“Yo hubiera mucho deseado ser oído –decía el santo– pero como no lo lograba, sentí la inspiración de obtener ser leído. Y en esto había una gran ventaja: el miedo de ser vistos había apartado a todos los protestantes de ir a mis sermones, pero ahora, con un papel en la mano, libres del peligro de ser criticados, podrían dedicarse tranquilamente en sus casas a saber que era lo que yo les quería decir” (17).

Esta es la razón por la cual a San Francisco de Sales se le consi-

(16) Monseñor Julián. *San Francisco de Sales*. (Traducción; Néstor Mermot) Editorial Difusión. 1ª. Edición. Buenos Aires, 1945. Página 44.

(17) Citado por Eliécer Salesman en su libro *El Santo de la amabilidad*. Apostolado Católico. 3ª. Edición. Bogotá, 1996. Página 128.

dera Patrono de los periodistas católicos ya que fue el primero que puso el ejemplo al utilizar unos medios que de por sí son neutros y que, en su caso particular, aprovechó para combatir la herejía y difundir el mensaje evangélico.

Efectivamente el 26 de enero de 1923, con motivo del Tercer Centenario de la muerte de San Francisco de Sales, el Papa Pío XI, por medio de la Encíclica "*Rerum Omnium*", declaró a este personaje patrono de los escritores católicos.

En dicha Encíclica, Pío XI da normas acerca de cómo debe desarrollarse el apostolado de la pluma o sea de cómo deben conducirse los polemistas católicos.

Vale la pena conocer este mensaje pontificio. Citamos textualmente:

“Deseamos que consigan un fruto muy importante con estas solemnidades los varones católicos que por los diarios u otros escritos ilustran, propagan y defiendan la doctrina cristiana. Conviéneles imitar y emplear en sus polémicas la energía de San Francisco unida a sus moderación y caridad. Cómo se han de conducir en su delicada misión, el santo Doctor claramente se lo enseña con su ejemplo: deben estudiar a fondo y retener la doctrina católica; no confundir las cosas verdaderas ni desfigurarlas o disimularlas por el motivo especioso de evitar la ofensa de los contrarios; cuidar la misma forma y estilo elegante de sus escritos y distinguir y adornar sus pensamientos con palabras tan luminosas que deleiten a los lectores con la verdad. Y si tienen que atacar a las personas, sepan refutar los errores y resistir la maldad de los hombres, pero mostrándose siempre y ante todo animados de buen espíritu y llenos de claridad” (18).

Complementando lo anterior, Fernando Rodríguez Doval nos dice lo siguiente: “Es, pues, un buen momento para reflexionar muy brevemente acerca de la misión de un periodista y un escritor católico en una época de enorme desarrollo en los medios masivos de comunicación.

“El hecho de que un católico trabaje en algún medio de comunicación, sea éste electrónico o impreso, no implica que tenga que escribir o hablar todo el tiempo de cuestiones religiosas o que tenga que repetir una y otra vez lo que dicen los jerarcas de esa Iglesia a

(18) Encíclica *Rerum Omnium*. Número 26.

la que él pertenece. Eso sería, en todo caso, la función de la prensa católica, misma que es editada y publicada específicamente por las curias diocesanas, las diversas congregaciones religiosas o grupos de laicos comprometidos. Más bien, un periodista católico debe caracterizarse por llevar a su vida profesional los valores de la fe que profesa. Estos valores serían, entre otros, la veracidad, la honestidad, la valentía, o la ética.

“En suma, un periodista católico, como cualquier otro profesionalista, debe ser coherente con sus creencias, procurando que haya una estricta correspondencia entre lo que piensa, hace, dice y escribe, teniendo la obligación de llevar a su vida laboral el sistema de valores de su fe” (19).

Andando el tiempo, todas esas hojitas que San Francisco de Sales repartía cada noche dieron vida a una obra que lleva por título *Controversias* y que muchos catequistas consideran como libro de cabecera.

De este modo, San Francisco de Sales se adelantaba más de tres siglos a la actitud que la Iglesia Católica habría de adoptar ante la prensa escrita.

Sumamente oportuno resulta recordar las diferentes posturas que la Iglesia ha ido adoptando frente a los medios de comunicación.

Cuando Gutenberg echa a funcionar la imprenta, al ver como no todo lo que se imprimía era bueno, la Iglesia se limitó a elaborar un Índice de libros prohibidos.

En el siglo XIX el Papa Gregorio XVI consideró que la libertad de imprenta debía ser condenada puesto que veía a los opúsculos anticlericales como enemigos de la Fe.

Su sucesor, el beato Pío IX, mantiene la misma actitud defensiva ante los medios, sólo que con dos modalidades: apoya a los jesuitas para fundar *La Civiltà Católica* (1850) y él mismo funda *L'Osservatore Romano* (1861).

León XIII toma conciencia de cómo la prensa tiene personalidad propia, motivo por el cual puede llegar a ser un instrumento digno de ser utilizado por la Iglesia.

Bajo el pontificado de San Pío X, la actitud de la Iglesia frente

(19) *Un santo para el aquí y el ahora*?. Semanario Nuevo criterio. Semana del 18 al 24 de enero de 2003.

a los medios se resume en la siguiente frase: “En vano construiréis iglesias, predicaréis, daréis misiones y edificaréis; todas vuestras obras, todos vuestros esfuerzos serán en vano si no sabéis manejar al mismo tiempo el alma ofensiva y defensiva de la prensa católica”.

A partir de entonces, los sucesivos Papas –ya antes mencionamos de manera especial a Pío XI con su *Rerum Omnium*– empiezan a exigirles a los católicos que den la batalla desde los medios.

Pues bien, siglos atrás, San Francisco de Sales, tomando conciencia de lo que veía venir, se adelantaba a declaraciones conciliares como el decreto *Inter Mirifica* que el Concilio Vaticano II publicó el 4 de diciembre de 1963.

Antes de seguir adelante y a propósito del apostolado *sui generis* realizado por este intelectual-periodista, podemos sacar dos enseñanzas:

1) La Iglesia Católica no solamente no se opone al progreso de los pueblos sino que, por el contrario, Ella es la primera que lo impulsa.

2) La grave responsabilidad que tenemos todos aquellos que –de una u otra manera– estamos relacionados con los medios. Una grave responsabilidad que nos exige no solamente rechazar el error y la mentira sino procurar combatirlos con todos los recursos que a nuestro alcance pone la técnica del siglo presente.

Al hablar de San Francisco de Sales como precursor del gremio de periodistas se nos antoja una reflexión: ¿cuál debe de ser la misión del periodista católico?

Dejando a un lado la Prensa Católica, en este caso concreto, lo más práctico es tratar acerca de la misión que los católicos deben desempeñar dentro de la Prensa.

Fieles a la vocación recibida en el Bautismo, los periodistas católicos están obligados a velar para que sus producciones –sean por medios impresos, intervenciones radiofónicas o reportajes televisivos– presenten la noticia o análisis de la misma haciendo hincapié en unos ciertos valores.

Que conste que no se trata de presentar únicamente temas religiosos –eso se lo dejamos a la Prensa Católica– sino más bien de tratar religiosamente los temas que se vayan presentando.

Y al “tratar religiosamente los temas” el periodista católico, a la luz de su Fe, debe procurar que la noticia informe, oriente criterios y –de ser posible– ayude a la superación personal del gran público.

No importa tanto el presentar la noticia sino más bien como se presenta esa noticia.

El periodista católico –sea reportero, editorialista o incluso un simple técnico que colabora dentro de los medios– habrá de tener muy presente un código de ética que le impulse a investigar y difundir la Verdad con el objeto de que la justicia impere.

No se trata de presentar la realidad cruda y descarnada induciendo quizás a situaciones de mal gusto, mal ejemplo o desánimo.

Más bien de lo que se trata es de presentar la realidad tal y como es pero evitando que el morbo contamine los criterios.

Se trata de que el periodista católico, dentro de su código de ética, tenga muy presente lo que dice el octavo mandamiento de la Ley de Dios: “No levantarás falso testimonio ni mentirás”.

Ahora bien, la misión del periodista católico quedaría trunca si se limitara a no calumniar ni mentir pero cruzándose de brazos al ver como otros sí lo hacen. Gravísimo pecado de omisión.

Nada de eso. La misión del periodista católico va mucho más allá de la simple obediencia pasiva al octavo mandamiento y que, gracias al compromiso cuando fue bautizado y confirmado, habrá de combatir errores, mentiras y calumnias. Si no lo hiciera así, por omisión, estaría contribuyendo a que la mentira oscureciese el panorama de la realidad.

El periodista católico, haciendo uso de esa riqueza de medios que tenemos en nuestro siglo, deberá, como lo hizo Don Quijote, luchar por “deshacer entuertos”. Y eso, dentro del clima de podredumbre que todo lo asfixia, no es fácil.

“Aunque todo esto parezca un enorme desafío”, nos dice Juan Pablo II, “de ningún modo es pedir demasiado a los hombres y mujeres de los medios. Tanto por vocación como por profesión, están llamados a ser agentes de paz, de justicia, de libertad y de amor, contribuyendo con su importante labor a un orden social basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad, y realizado bajo los auspicios de la libertad” (20).

Aparte de intelectual, escritor y periodista, San Francisco de Sales fue obispo. Una faceta que –como las anteriores– desarrolló

(20) Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la 37 Jornada Mundial de las comunicaciones sociales. 24 de enero de 2003. Fiesta de San Francisco de Sales.

con tal ahínco que a él se debe que más de 70 mil protestantes regresaran al catolicismo.

“Hay que reconquistar Ginebra... pero con el amor”, dijo el santo misionero en una homilía pronunciada en la catedral, “¡Derribemos los muros de Ginebra con nuestras oraciones y nuestro amor fraterno! Con nuestro buen ejemplo y no por la fuerza, inspiremos respeto y confianza”.

Y dentro de esto, una idea medular que inspiró todos los actos de su vida: “El primer espacio a evangelizar es nuestro corazón... El reino de Dios crece si primero crece en nosotros”.

“Llegaran Doctores, con San Cirano y Arnaldo, que enseñarán que «el mundo», es decir la vida en sociedad, no es más que un medio de perdición, un parque de espera donde se divierte criminalmente y con despreocupación una multitud de miserables predestinada al infierno. Pero no es esto lo que piensa el santo obispo de Annecy y de Ginebra. El mundo es lo que nosotros hacemos. Puede ser para nosotros un cielo o un infierno. ¿Quién nos impide en medio de las obligaciones, e incluso entre las satisfacciones de nuestra vida familiar o mundana, mantenernos en los pensamientos de la religión, elevarnos al reconocimiento de las gracias de Dios y vivir en la familiaridad de sus misterios? Ni los deberes de la corte, de la magistratura o del ejército, ni las preocupaciones de la vida conyugal deben apartarse de Dios. No existe, por una parte, la viuda del mundo y, por otra, «la vida devota»; en todo caso, ningún muro se eleva entre las dos. Podemos ser cristianos en el seno mismo de la sociedad” (21).

Como ejemplo de su sentido práctico –que adquirió debido a la influencia que recibió de sus maestros jesuitas– mencionaremos como en la ciudad de Thonon fundó una comunidad de sacerdotes que, al mismo tiempo que colegio, era un centro cultural donde se enseñaban ciencias, artes y oficios. De allí salieron gran cantidad de activos propagandistas que, en cierto modo, pueden considerarse como precursores de los modernos militantes de asociaciones católicas.

Su gran cultura, donde gentes y trato afable lograron, como

(21) Georges de Plinval. *Historia ilustrada de la Iglesia*. (Traducción: Fray Justo Pérez de Urbel). Ediciones y Publicaciones Españolas. 1ª. Edición. Madrid, 1961. Página 124.

línea arriba dijimos, que más de 70 mil protestantes volvieran al seno de la Iglesia Católica.

“San Francisco de Sales”, nos dice Pío XI, parece haber sido escogido por Dios para oponerle a la herejía de los Reformadores de la que salió aquella rebelión tan grande de la sociedad civil contra la autoridad de la Iglesia, rebelión cuyas consecuencias funestas aún hoy día lamentan con razón los hombres buenos” (22).

Como bien dijera Juan Pablo II: “Fue un hombre de unidad en una época en que las divisiones constituían una herida en el costado de la Iglesia” (23).

Un santo varón que –dada su procedencia nobiliaria así como su vasta cultura y don de gentes– bien pudo haber regido alguna de las archidiócesis más importantes de Europa, obtener el capelo cardenalicio y vivir cómodamente rodeado de aduladores.

San Francisco de Sales no cayó en la tentación de convertirse en un prelado burgués sino que, plenamente consciente de la difícil prueba por la que atravesaba la Cristiandad, prefirió ser el Buen Pastor que, arriesgando su propia vida, iba en busca de las ovejas descarriadas.

Y para ello no dudó en utilizar los grandes dones que providencialmente se le habían dado: cultura, don de gentes, iniciativa, pragmatismo, celo por la salvación de las almas y una caridad heroica a prueba de todo.

Otra faceta de este polifacético santo es la fundación de una Congregación religiosa: las Hermanas de la Visitación, también llamadas monjas salesas o visitandinas.

Una orden que nació el 6 de junio de 1610 y que así son llamadas en homenaje a la Virgen María quien, al visitar a su prima Isabel nos está diciendo como la Madre de Dios nunca niega su respuesta a quienes la invocan pidiendo su ayuda.

“Al Santo de Sales se le ocurría que había que fundar una Comunidad en la cual lo importante no fuera hacer grandes penitencias ni pasar horas y horas sólo rezando, ni vivir sepultado para siempre en una casa sin volver a salir, sino que allí lo importante

(22) Encíclica “*Rerum Omnium*”. Número 3.

(23) Mensaje del Papa con ocasión del IV Centenario de la consagración episcopal de San Francisco de Sales. 23 de noviembre de 2002.

sería tener mucho amor a Dios y al prójimo y llevar una vida santa pero sin masacrar el cuerpo ni hacer penitencias raras” (24).

Por su parte, Eugenio Alburquerque, al tratar acerca de la corriente humanista tan de moda en aquellos tiempos y que en nuestro personaje tuvo matices muy especiales nos dice que “su visión humanista del hombre se manifiesta de forma muy concreta en la valoración positiva del cuerpo. En contra de la opinión de tantos tratadistas de ascética y espiritualidad que veían en el cuerpo un enemigo del hombre, Francisco de Sales realiza también en este punto una cristianización del Renacimiento que, alejándose de la Edad Media, había desarrollado una cultura del cuerpo y de la sensualidad en el arte y en la literatura. Como buen humanista, contempla la belleza y el valor de toda la naturaleza humana y logra ofrecer la síntesis cristiana: “Nuestros cuerpos son necesarios para las buenas obras, forman parte de nuestra persona y participación de nuestra felicidad eterna”. Ha de ser, por tanto, objeto de estima y de respeto y, consecuentemente, “el cristiano debe amar su cuerpo como imagen viviente del Salvador, encarnado, como salido del mismo tronco que el suyo y, por consiguiente, unido a El con lazos de parentesco y consanguinidad” (25).

Aunque sólo sea de pasada, vale la pena recordar que el protagonista principal en esta fundación fue una noble viuda, Santa Juana de Chantal, quien, influida por los consejos del Señor de Sales, llevó a la práctica los deseos de fundar la orden contemplativa de las Hermanas de la Visitación.

El carisma que impulsa a estas santas mujeres se apoya en cumplir la voluntad de Dios con alegría lo cual explica que las monjitas salesas se caractericen por la dulzura, humildad, sencillez y trato afable.

Hablar de las religiosas visitandinas sin mencionar la devoción del Sagrado Corazón de Jesús dejaría incompleto nuestro trabajo.

En la segunda mitad de siglo XVII –ya había muerto San Francisco de Sales– tienen lugar las apariciones a Santa Margarita María Alacoque: se trataban de una serie de revelaciones y promesas que giraban en torno al amor que Jesús tiene por la humanidad así como al descuido que ese amor divino sufre por parte de los hombres.

(24) Eliécer Salesman. *Op.Cit.* Página 333.

(25) *Una espiritualidad del amor. San Francisco de Sales.* Editorial CCS. 1ª Edición. Madrid, 2007. Página 41.

Casi al principio de este trabajo, señalamos la gran influencia que la Compañía de Jesús tuvo en la formación de San Francisco de Sales.

Pues bien, en el caso concreto de las Apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque –religiosa perteneciente a la congregación fundada por el Señor de Sales– también aquí encontramos la providencial presencia de los Jesuitas.

Cedemos la palabra a Malachi Martin:

“Fue una verdadera suerte para la Compañía y para sus jesuitas el que tan temprano en su larga historia este carácter de amor y de dedicación a Jesús, de la espiritualidad jesuita y de su punto de vista recibiera una confirmación literalmente celestial... de hecho, equivalía a una comisión dada por el cielo a los jesuitas....”

“Llegó a través de una monja de la Orden de la Visitación. Su nombre era la hermana Margarita María Alacoque. En su convento de Paray-le-Monial, en Francia, recibió especiales revelaciones divinas que se iniciaron por el año de 1670. Es el suyo uno de los relativamente pocos casos en la historia de la Iglesia en que la autoridad magisterial de Roma ha confirmado la autenticidad de revelaciones hechas a una sola persona.

“Desde que Roma aceptó la autenticidad de las revelaciones hechas a la hermana Alacoque en las postrimerías del siglo XVII, los jesuitas aceptaron oficialmente y con gran entusiasmo la comisión de difundir esa devoción. Ninguna imagen habría de conquistar tal piedad y devoción entre el común de los fieles como la que habría de llamarse en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús; ninguna otra devoción ascética llegó a ser reconocida como tan típicamente jesuita a como la devoción a ese Sagrado Corazón, símbolo perfecto del ideal jesuita de santificación personal” (26).

En 1675, teniendo tan sólo 34 años de edad, el jesuita Claude La Colombière fue nombrado capellán de Paray-le-Monial, supo de las revelaciones y ayudó a propagar la devoción del Sagrado Corazón.

De este modo se entrelazan las Hermanas de la Visitación con la Compañía de Jesús. De este modo se hace más firme el vínculo que une a San Francisco de Sales con su maestro San Ignacio de Loyola. Todo forma parte de un plan providencial...

(26) Malachi Martin. *Op.Cit.* Páginas 203 y 204.

Tiempos difíciles aquellos. Ni duda cabe que es mucho lo que aún falta por hacer con miras a lograr la unidad de los cristianos.

Cuando San Francisco de Sales entrega su alma al Señor el 28 de diciembre de 1622 su dinamismo y celo apostólico hacían esperar de él mayores frutos.

“El proyecto de Dios no coincide con el de los hombres”, nos dice el Padre Valentín Viguera Franco. “Francisco estaba maduro para presentarse ante Dios y para pasar a la historia de la Iglesia como un preclaro obispo que había tomado en serio la reforma de Trento; había contribuido, como nadie en obras tan específicas como la evangelización del Chablais, la orientación espiritual de los laicos, la fundación de una Orden religiosa y la reforma de no pocas. Dejaba a la Iglesia el tesoro de su espiritualidad y el encanto de su dulzura pastoral”.

“¿Muerte prematura o muerte madura? El juicio de los hombres considera prematura cualquier muerte. Francisco, en efecto, no contaba nada más que 55 años, tenía un amplio proyecto sobre la literatura espiritual y había organizado una amplia misión popular en su diócesis, que todavía no se había llevado a cabo. También quedaba en el proyecto de los hombres la posibilidad de su presencia pastoral en la diócesis de París.

Sus hijas de la Visitación contaban con él para que las acompañara en la fundación de otros monasterios... Cualquier muerte es prematura, porque siempre quedan muchas cosas por hacer en esta vida” (27).

Sus reliquias, junto con las de Santa Juana de Chantal, se conservan en la basílica de Annecy (Francia) santuario meta de peregrinaciones que se encuentra en uno de los rincones de Europa en donde, dada la belleza de sus lagos y majestuosidad de sus montañas, más pródigo se mostró Dios Nuestro Señor.

No nos cabe la menor duda –y esto ya que la Iglesia lo aclaró al canonizarlo y proclamarlo Doctor– que su entrada en el Reino de los Cielos debió de haber sido apoteósica ya que, al multiplicar lo que recibió, a todos nos da un ejemplo de cómo deben comportarse los hombres de la pluma y de los medios.

Un santo que supo ser un hombre moderno, conocer los nove-

(27) *San Francisco de Sales*. Ediciones Palabra. 1ª. Edición. Madrid, 1990. Páginas 251 y 253.

dosos inventos de su época y utilizarlos en la lucha por la causa de Cristo.

En San Francisco de Sales encuadra perfectamente la evangélica figura del Buen Pastor que se arriesga por veredas de difícil acceso y con precipicios a sus pies con tal de encontrar a la oveja perdida. Y una vez que la encuentra la acaricia con ternura, gana su confianza, la carga sobre sus hombros y la restituye al redil.

Desde el momento en que la mitra coronó sus sienes, tomó cabal conciencia de que el Episcopado entrañaba la gravísima responsabilidad de predicar la sana doctrina, gobernar con prudencia, ser víctima de injustos ataques y velar por la salud no sólo espiritual sino incluso material de la porción de Iglesia que le había sido encomendada.

Riquísima por dondequiera que se vea la personalidad de este varón de noble porte y sonrisa amable.

Tanto así que cuando empezamos a conocer su vida nos engolosinamos deseando saber más y más...

Sin embargo, nos conformamos con despertar el interés de nuestros amigos lectores no sólo por conocer algo acerca de San Francisco de Sales sino –lo más importante de todo– hacerlos reflexionar en el sentido de averiguar cuál es el mensaje que nos da a cada uno de nosotros.

Porque –de esto no tenemos la menos duda– al ser un santo polifacético este noble saboyano tiene un mensaje para todos.